



que, por la cuenta que le tenía, ya llevaba ella muy buen cuidado de no olvidar hacer porque, de lo contrario — y eso todas lo sabían —, quien hubiera de dar la réplica a que el tal comentario diese lugar se quedaría descolgado, descolgada, Elvira, en este caso (que además estaba muy ilusionada y muy nerviosa como era su debut), sin tener donde colocar ni qué hacer con la intervención que con sus puntos y sus comas y sus exclamaciones había ensayado

durante semanas y, encima, dejaría en la estacada (Purificación decía “con el culo al aire”) a la de Montecillo, que se quedaría plantada con la suya y el ramo de peonías que, luciendo una sonrisa que tenía que resultar muy natural, debería entregar a la que — cuando las tres posibles candidatas dejaran apoyadas por las respectivas madres de pelearse — sería Dulcinea de El Toboso. Y la de Montecillo sí que tenía un genio malísimo aunque, por suerte y aunque pobrecilla porque como siempre se ha dicho “no hay mal que por bien no venga” era huérfana de madre.

